



Tanguy Viel

LA CHICA DE COMPAÑÍA

AdN

AdN

LA CHICA DE COMPAÑÍA

Tanguy Viel

Dossier de prensa

Una entrevista de Johan Faerber para *Diacritik*

Tanguy Viel: «Siempre voy a preferir la literatura a la política»

Con *La chica de compañía*, Tanguy Viel firma sin lugar a dudas su mejor novela hasta la fecha. Es una potente y oscura fábula contemporánea que marca un cambio de rumbo decisivo en la obra de Viel al indagar a fondo en las relaciones sociales y, más concretamente, en la dominación de lo masculino en la sociedad francesa. En muy contadas ocasiones un retrato de mujer, alienada por la tiranía masculina, ha llegado a alcanzar en la literatura semejante fuerza política.

¿Cómo se le ocurrió el relato de Laura, esa joven, hija del boxeador Max Le Corre, que un día decide ir a ver a Quentin Le Bars, el alcalde de la ciudad, que la recibe en su despacho para que la ayude a encontrar alojamiento?

Como sucede a menudo, no hay un solo punto de partida sino varios, que en cierto modo reaccionan entre sí y producen la energía para despegar. Por ejemplo, a pesar de las apariencias, esta novela inicialmente surgió del personaje del boxeador. Es más, al principio yo quería escribir una novela de boxeo, una especie de *Toro salvaje* literaria pero, por así decirlo, no encontré suficiente espacio interior para escribirla.

Hacía tiempo que sentía la necesidad de un libro físico, encarnado, nervudo, en el que el propio acto de escribir pudiera parecerse a un combate, pero el boxeo solo no encajaba. Seguramente estaba demasiado metido en el entramado del cine y de la ficción en general. Al boxeo le faltaba cuerpo, por decirlo de algún modo.

Y entonces leí en los periódicos los elocuentes testimonios de mujeres jóvenes en pugna con la masculinidad. Como yo también he estado siempre en pugna con la masculinidad, se me ocurrió que se podía hacer algo con eso, entonces el tema se desvió hacia esa joven a la que humilla un hombre poderoso. En realidad, no era más que otra forma de combate, en parte comparable al del boxeador, el mismo problema de cuerpo magullado, de encarnación fracasada y, sobre todo, de confrontación con el poder, con la manipulación.

¿Por qué le importaba centrar la novela en una figura femenina? ¿Qué pretendía explorar usted a través de la historia de esa mujer herida?

¿Qué pretendía explorar? Lo mismo de siempre desde que empecé a escribir: la alienación de los seres. Me refiero a la alienación en sentido propio, cuando el otro habla dentro de nosotros, para nosotros, con tanta intensidad que unos mecanismos complejíssimos nos obligan a someternos a él sin ni siquiera percatarnos. Nos disolvemos interiormente, empezamos a adoptar lo que desean los demás, a ceder, a callar, a padecer, y lo peor de todo es que, casi todo el rato, creemos que lo estamos haciendo

con total soberanía. Esta obsesión personalísima, de la que en cada una de mis novelas trato de sacar a escena una faceta distinta, creo que esta vez está en consonancia con los tiempos que corren, es decir, con la mayor visibilidad que está teniendo en los últimos años la exposición de las alienaciones femeninas. Mis indignaciones, que unas veces son muy íntimas y otras más políticas, en este caso se han materializado en la debilidad de una joven de veinte años. La dificultad con este tipo de tema, precisamente porque linda con la actualidad, consiste en que siga siendo literario, quiero decir, en construir un mundo lo bastante denso para que convivan la violencia de la realidad histórica y la propia forma de esa violencia, su estructura afectiva en cierto modo, en lo que tiene de arcaico y equiparable a otros sufrimientos. Todo excepto un asunto privado, en definitiva.

Sin duda, *La chica de compañía* debe leerse como la novela que indaga sobre el ejercicio del poder cuando se mezcla con narcisismo, imperio del deseo sexual y gusto por la dominación: podría ser la historia de lo que le sucede a la política cuando cae en el cuerpo de un hombre. Porque, tal y como se indica en el relato, «el poder no se funda en la rigidez, sino en el lugar calculado de sus inflexiones, como un síndrome de Estocolmo aplicado de hora en hora». ¿Son precisamente esas inflexiones del poder lo que intenta reflejar, esas inflexiones que se zafan de la representación oficial?

En el fragmento que ha citado, lo que entiendo por «inflexiones» es precisamente la paradoja del poder en el sentido que parece ejercerse sobre todo en sus momentos de abandono, de relajamiento, por eso lo comparo con el síndrome de Estocolmo. Basta con que el poder afloje la opresión que él mismo ha concebido para que caigas en sus brazos, en el fondo por puro alivio, del mismo modo que te enamoras de tu verdugo, por lo visto, cuando deja de torturarte. De golpe te deja sitio, tanto es así que llegas a creerte que el poder lo tienes tú. Es una tremenda trampa, tanto más cuanto que quien lo ejerce no siempre calcula sus ambivalencias: en ese sentido, en efecto, por muy político que sea, sigue siendo un cuerpo lleno de afectos, débil en relación con sus propios impulsos, puede que hasta asqueado de sí mismo e incluso, aunque sea infrecuente, con un corazón. Pero bueno, si este libro tiene que ser un libro sobre el ejercicio del poder, creo que lo es de forma más frontal: es un mundo de amaños cínicos en el que los hombres poderosos se mueven, como suele decirse, en las aguas heladas del cálculo egoísta.

Su novela sugiere que la política contemporánea en realidad solo remite a un viejo mundo que no acaba

de desaparecer. «En Francia es así, en los gabinetes de los alcaldes aún persiste el Antiguo Régimen», dice en la novela. ¿Por qué le parecía necesario hacer de esta historia el síntoma de la persistencia anacrónica y aun así dominante del Antiguo Régimen? ¿Por qué le parecía importante oponer a ese castillo ancestral de Le Bars el castillo de naipes que ofrece Laura? ¿Por qué se trata de un combate desigual ya de entrada?

No ha cambiado nada. O más bien, las cosas han cambiado varias veces pero de forma puntual, en grandes momentos de ira, de tabula rasa, pongamos que momentos revolucionarios, pero a cada vez vuelven a empezar. Siempre se gana algo de justicia y derechos, pero luego puede haber un lento retroceso durante decenios. En ese sentido, la estructura medieval, feudal, es a mi entender la que deja más al desnudo las relaciones profundas, estructurales, entre los seres en las sociedades civilizadas. Y claro que el combate es desigual. Al menos, lo es en la comisaría, ante la justicia, ante la ley. Ahí la palabra sí que es un castillo de naipes que, por suerte, no se desmorona a cada vez, pero nunca se tiene la certeza de que la ley esté hecha para la víctima. Por eso, siempre voy a preferir la literatura a la política, porque sigo necesitando creer en otro espacio donde la palabra pueda erigir un edificio más habitable, también más frágil, es cierto, pero que actúa como contrapunto, como santuario a veces, pero que también rompe contra los muros del castillo fortificado, con la esperanza de desgastarle los cimientos.

¿Podríamos aventurar que *La chica de compañía* alude a problemas de la sociedad o incluso a la más rabiosa actualidad, concretamente el #MeToo, pero con el enfoque de una fábula, para dotar a la intriga y la escritura de mayor libertad y apertura?

Mientras escribía esta novela, a menudo me venía a la cabeza la palabra «fábula», tanto por la forma a la que aspiraba, vivaz, directa, en línea recta, como, claro está, por la simplicidad arquetípica de la situación. Casi todas las fábulas sacan a escena una relación de fuerza entre dos seres y las ambivalencias de esa relación. Casi todos los cuentos ofrecen esa configuración. Ahí reside, una vez más, todo el matiz de la literatura: no es transitiva, no tiene nada que decirle al mundo. Puede que refleje como un espejo, de aumento incluso, nuestro mundo, pero un espejo, precisamente, aunque ponga el foco en las virtudes y los defectos de lo que refleja, lo que no hace, precisamente, es corregirlos. En el mejor de los casos, visibiliza y conciencia, lo que no es poco, pero una novela nunca será un panfleto, aunque resulte igual de acalorada o airada. Pero bueno, esa relación entre literatura y política sigue siendo muy ambivalente, sobre todo cuando se hace con ella literatura realista, balzaquiana, donde la realidad descrita parece en todo momento estar al alcance de los ojos. De hecho, además del género de la fábula, también pensé mucho en el costumbrismo. Esta novela es sin duda, antes que nada, un estudio costumbrista, una escena de la vida provinciana.

VIEL Tanguy 2021 2© Nadine Michau



Tanguy Viel

Tanguy Viel nació en Brest en 1973. En 1998, la editorial francesa Éditions de Minuit publica su primera novela, *Le Black Note*, y también otras posteriores como *Cinéma* (1999), *Insoupçonnable* (2006) o *La Disparition de Jim Sullivan* (2013). Traducidas al español ha publicado *La absoluta perfección del crimen* (2004), *París-Brest* (2011) y *Artículo 353 del código penal* (2018), novela galardonada en Francia con el Grand Prix RTL Lire en 2017.

SINOPSIS

Cuando no está en el ring boxeando, Max Le Corre trabaja como chófer para el alcalde de la ciudad. Pero, por encima de todo, es el padre de Laura, que, con su suficiencia de veinteañera, ha decidido volver a vivir con él. Es entonces cuando a Max se le ocurre que sería buena idea que el alcalde la ayude a buscar alojamiento. Ninguno de los dos, padre e hija, se imagina que esa petición inocente acabará despertando los bajos instintos del alcalde y poniendo en marcha el engranaje de las relaciones de poder, desde las cloacas provincianas hasta las altas esferas nacionales, para remover el pasado del que ambos huyen y marcar el futuro de todos los implicados.

CRÍTICAS

«Con una prosa bellísima, Tanguy Viel monta y desmonta la maquinaria que tritura a los humildes y exime a los poderosos». *L'Obs*

«Tanguy Viel tiene algo de Simenon y de Chabrol en ese empeño por describir las ambiciones y las complicidades políticas en una ciudad de provincias donde la burguesía triunfa sobre la moral y la justicia». *Le Monde*

«Esta bella y grandiosa novela, que explora simultáneamente los confines de la esfera íntima y de la social, es también una magnífica historia de amor filial y paterno». *La Croix*

«Tanguy Viel construye un relato sencillo a la par que subyugante gracias a su sentido de la narración, al fraseo y a unos diálogos de lo menos clásico». *Le Figaro*

«Tanguy Viel saca a escena a unos personajes cuyas relaciones de dominación social se entremezclan con el tema del consentimiento. Una tragicomedia actual y provinciana». *Politis*



16 de febrero de 2023

Traductora: Amaya García

14,50x22cm

176 pp

Rústica

978-84-1148-146-5

19,95 €

ISBN 978-84-1148-146-5



9 788411 481465

Cristian Romero López

626 365 897

cromerol@anaya.es



www.adnovelas.com

comunicacion@adnovelas.com